

LA ENSEÑANZA NACIONAL ⁽¹⁾

SUMARIO: — I. Importancia de la educación del carácter nacional. — II. La educación del carácter nacional argentino. — III. La instrucción primaria y normal. — IV. La instrucción secundaria y preparatoria. — V. La instrucción universitaria y técnica.

I

IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER NACIONAL

Problema el más difícil, el más arduo, el más complejo de cuantos pueden ocupar la mente del pedagogo y del sociólogo es el de la educación del carácter nacional. Secundarias y hasta triviales resultan á su lado las cuestiones políticas, monetarias, administrativas. Razón tenía Stuart Mill ⁽²⁾ al considerar á lo que llamó *etología* (ciencia del carácter) como base irremplazable de los estudios sociales y del gobierno. ¿Qué provecho reportarían al porvenir de una nación una excelente hacienda, una sensata organización, una profunda cultura, si su pueblo estuviera destinado á poseer, en día próximo, un carácter baladí, charlatán, quijotesco, inactivo, torpe hasta calmar todas sus aspiraciones con el *panem et circenses* de la romana decadencia?... ¿Qué importarían, por otra parte, una política débil, la hacienda agotada, absurdos prejuicios, para un pueblo que poseerá mañana un espíritu de hierro, incansable en el trabajo, valiente en sus concepciones, fecundo en todas sus actividades?... ¡Formar y encauzar el carácter nacional es el problema del futuro!

Para proceder con orden y lógica sería necesario establecer, en cada pueblo, ciertas bases preliminares: 1º Definir el carácter de la sociedad; 2º especificar sus principales condiciones y defectos; 3º señalar los mejores medios de desarrollar las condiciones y combatir los defectos.

Indudablemente, se exagera la influencia de la educación sobre el carácter nacional; á pesar de lo profunda que es en realidad, la

(1) Parágrafos en parte reformados y en parte inéditos para una quinta edición de *La Educación*, libro II, capítulo VII.

(2) *Système de logique inductive et déductive*, trad. franc., París, 1896, t. II, pág. 44°.

teoría suele suponerla aun mayor. El mejor ejemplo del fenómeno de su influencia social y su exageración crítica, lo hallo en la escuela inaugurada por Demolins en Francia, y que he llamado *anglo-individualista*, en razón de su objetivo y sus doctrinas. Estas doctrinas deben considerarse verdaderas en cuanto á su aplicación práctica, pero inexactas en cuanto á sus argumentos científicos. Concepíu así, una paradoja aquello de que la «decadencia francesa» tenga por *causa* la «inferioridad» de su sistema de educación, porque pienso que esta «inferioridad», si existiera, sería una de las más graves *consecuencias* de los profundos factores étnicos y geográficos, históricos y climatéricos de aquella «decadencia», si la hubiese...

En el libro más popular de esta tendencia se han aplicado sus teorías á Sud América, y aun en especial á la República Argentina, en párrafos que á continuación transcribo: ⁽¹⁾ «Para evitar las vacilaciones, los errores, los graves equívocos (respecto á la mejora de la educación), es necesario dejarse guiar por experiencia. Y puesto que nosotros (los franceses) no encontramos esta experiencia en nuestro país, donde la educación no está bien orientada, debemos buscarla en otra parte. Debemos imitar pueblos que han vencido esa dificultad, y que educan niños capaces de proceder por sí mismos y fuera de toda dependencia de los padres, los amigos, las relaciones, la administración...

«Pues esos pueblos existen, y es necesario ser ciegos para no verlos. Son aquellos que conquistan actualmente el mundo, que lo colonizan, que en todas partes hacen retroceder á los representantes del antiguo régimen social, y que verifican prodigios por la sola potencia triunfante del hombre entregado á sí mismo. Y si queréis, por un solo ejemplo, comprobar inmediatamente la diferencia entre los hombres formados por el nuevo método y los hombres formados por el antiguo método, que, desgraciadamente, es todavía el nuestro, comparad lo que los primeros han realizado en la América del Norte y lo que los segundos han hecho en la América del Sud. Es el día y es la noche; es el blanco y es el negro; es, de un lado, la sociedad que se lanza hacia adelante, hacia el mayor desarrollo conocido de la agricultura, la industria y el comercio; es, del otro, la sociedad retenida hacia atrás, atada, estancada en una perezosa vida urbana, en el funcionarismo, en las revoluciones políticas. En el Norte, es el porvenir que surge; en el Sur, es el pasado que se va.

«Y bien, ese pasado se va, que ya esa desgraciada Sud América está invadida por los robustos retoños del Norte, quienes comienzan á apoderarse de las mejores industrias rurales, abandonadas por la incuria española ó portuguesa; quienes comienzan á acapararse de los ferrocarriles, los bancos, la gran industria, el comercio. En nuestra última Exposición Universal, yo he conversado de esto

(1) E. DEMOLINS, *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*, Paris, 1897 (1ª edición). El pasaje transcripto se ha suprimido en ediciones posteriores.

con el presidente de la sección de la República Argentina. El me hablaba de esa intromisión del inglés y de su hermano el yanqui; y se desolaba, y se lamentaba y recriminaba, como hacen los débiles; porque eso es más fácil que someterse al régimen de los fuertes... »

¿Qué joven argentino podrá leer esas líneas sin sentir el corazón oprimido? Y al decir argentino, no quiero referirme ni al gaucho inculco de las pampas ó las montañas, ni al afeminado paseante de la capital, empleado ó rentista... Me refiero á la sangre sana que se haya salvado del obscurantismo del caudillaje, y, especialmente, á la sangre rejuvenecedora — ¡regeneradora! — de la inmigración; y no de la inmigración turca, bohemia ó africana (la africana es, por desgracia, más numerosa de lo que se piensa, y sólo rara vez es negra), sino á la inmigración de pueblos, de razas que progresan...

¡Cuán triste, cuán inmensamente triste debe parecerle el cuadro transcripto! Es un cuadro superficial, es un cuadro falso, yo creo, desde el punto de vista científico de las « causas » (no es el antiguo régimen de educación, no, la *causa* de nuestra « inferioridad », que es una de las tantas *consecuencias* de más terribles « causas »); pero un cuadro que, en su misma falsedad científica, resulta más doloroso aún, por su verdad descriptiva. Esas causas veladas, que el citado autor no conoce, ó no quiere conocer, son mucho más hondas que un mal sistema educativo, pues son causas históricas del régimen colonial...

Es ahora el caso de preguntarse hasta dónde es posible llevar la *imitación* en la educación, y con qué frutos... Como sabemos, autores hay que piensan que la actual grandeza de Inglaterra, Alemania y Norte América, se debe principalmente á su educación. « Si los alemanes nos vencieron, es porque sus escuelas son superiores á las nuestras », han exclamado algunos franceses, discípulos de Taine, extremando las conclusiones de su talento... « ¡Imitemos, pues—se han dicho—aquellos modelos! » Pero, ¿cómo remedar un espíritu? Cualquiera puede copiar las ropas, y hasta las maneras y las formas externas de otra persona; mas, ¿quién puede apropiarse de sus sentimientos y sus ideales? ¿Quién se compromete á robar el alma de un extraño? ¡Pues bien, los sistemas educacionales son expresiones espontáneas, en cada país, de su alma!

No obstante, si hay causas superiores que impulsan la educación en tal ó cual rumbo, es indudable que, en especialísimas circunstancias, el esfuerzo consciente para mejorar esa educación *imitando* modelos extranjeros, puede dar óptimos resultados en ciertas sociedades. La sociedad argentina, por ejemplo, se halla en esas circunstancias especialísimas. Puede pensarse que su juventud, la inocuidad de sus tradiciones, y sobre todo la inmigración, han hecho de su espíritu casi una tabla rasa, á la cual puede imprimir un sello cualquiera el pedagogo. En sus actuales condiciones, el problema de la educación — el problema de *formar el carácter nacional por medio de la educación* — es el más grave. Si en Francia, sociedad caduca y rebosante de prejuicios y pasiones, los esfuerzos

aislados para mejorar el carácter nacional por medio de la educación, por medio de la imitación de la educación sajona, serían tal vez impotentes, pueden bien no serlo, por las razones apuntadas, en la República Argentina. En general, los pueblos hispano-americanos no deben *aun* desanimarse...

En la República Argentina, si es verdad que predomina, en la educación privada, el pésimo sistema que Demolins califica de «antiguo» y de «francés», verdad es también que todos los sistemas se aplican, más ó menos excepcionalmente, dada la heterogeneidad de *patrias*, razas y costumbres de sus habitantes. En general, en el grueso de la población los padres no tratan de dar independencia y criterio propio á sus educandos, ni les inculcan desde niños el sabio principio inglés, alemán y norte-americano, de que se deberán formar á sí mismos, cualesquiera que sean la fortuna y posición social de la familia. Pero una reforma sería posible, dado que, á pesar de que esa gran mayoría aplica el mal sistema «latino», no falta quien ponga en práctica el «sajón». Todo consistiría, para la reforma, en dar, en el proceso nacional de *homogenización* de la cultura, la preferencia á un *sistema de la minoría*. En Francia ó en España no existe, para su desgracia, tal minoría.

No creo que la imitación tenga el profundo poder que le atribuye Tarde; y no creo en la eficacia práctica que pueda tener en Francia la forzada imitación sajona, que con tanto calor apadrina el conocido libro de Demolins, y á favor de la cual se produjo en París un cierto movimiento de opinión. — Creo falsas ambas teorías: la general contra el evolucionismo spenceriano, y la particular sobre de la pedagogía inglesa. Pero pienso que, en ciertos países jóvenes, como la República Argentina, la imitación puede dar fecundos resultados...

La grandeza de Francia, que nació con Vercingetorix, creeriase aminorada después de Bonaparte y Hugo. Creeriase que esa nación ha verificado ya su gran evolución y dado todos sus frutos, sus frutos de oro, á la civilización universal. En el transcurso de veinte siglos, la Francia se ha modelado ya un carácter nacional, que ninguna educación podrá destruir, ni modificar acaso. Después de Napoleón III, de Lesseps y de Dreyfus, vendrán sabe Dios cuáles innovaciones, que jamás será parte á detener la imitación, ni en política, ni en ciencias, ni en instrucción pública...

En la República Argentina, en cambio, la imitación puede hallar un terreno fértil, las instituciones extranjeras encuentran un plasma blando, susceptible de adoptar las formas que le den unos dedos hábiles. Si en Italia, la joven Italia, surgida como un fénix de las cenizas de la vieja, la juventud presenta un hermoso campo casi «virgen» para la educación, según el testimonio de Edmundo d'Amicis, ¿cuál no será la fertilidad que presenta la masa cosmopolita, de herencia psíquica cosmopolita, del pueblo argentino? La educación sajona, por ejemplo, hallaría en él muchísimos niños de ascendencia sajona, en quienes pudiera fructificar. No sucedería lo mismo en Francia, seguramente, donde tanto se la preconiza como un remedio universal para todos los males de aquella gran nación. Por esto podemos afirmar que en la República Argentina es el pro-

blema de la educación el primero, y que, por singulares circunstancias, tiene mayor trascendencia aun que en cualquier otro país del mundo. ¡Recuerden pues los pedagogos argentinos la enorme responsabilidad que pesa sobre sus hombros! ¿No es acaso el futuro de la patria?...

II

LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER ARGENTINO

Por la propia naturaleza del tema, voy á tratar en este párrafo, de manera un tanto genérica y rápida, la educación del carácter nacional argentino, desde cuatro principales puntos de vista. 1º Señalaré de preferencia los principales defectos ó vicios de que se le acusa, especialmente por críticos extranjeros bien poco benévolos... 2º De ahí pasaré á estudiar las leyes que rigen la familia en relación á la formación del carácter de los niños. Veremos cómo, aunque las disposiciones de la legislación civil son acertadas, no bastan las actuales costumbres para formar en cada sujeto un carácter enérgico é independiente, y cuáles consecuencias sociales produce la general falta de carácter. 3º Estudiaré también, cómo una consecuencia de la falta de carácter, la falta de probidad de que se acusa al argentino. 4º Y, por último, trataré, como conclusión, de la importancia de la educación de los ideales sociales.

1º *Críticas del carácter argentino.* — Lo heterogéneo de las razas y costumbres de los hombres que pueblan los vastos y ricos territorios de la República Argentina, su incompleto adaptamiento al medio geográfico y la carencia de antiguas tradiciones generales, hacen del carácter nacional un caos aparente. ¿Será el que precede al génesis? Con todo, ya se presentan al psicólogo algunos rasgos, que no me atrevería á clasificar de fugaces, ni menos de definitivos... Analicemos esos rasgos generales, que tal vez su análisis sea de algún provecho al pedagogo...

En la juventud de la capital, en Buenos Aires, especialmente en la juventud de la clase rica, ha notado un viajero yanqui, ⁽¹⁾ como rasgo característico, un marcado espíritu anticristiano, antihumanitario, de malevolencia y de sarcasmo, empleado sin criterio á favor de cosas pueriles é indignas, y en contra, á veces, de lo que mayor respeto merece. ¡Los rasgos distintivos de esa pseudo-aristocracia serían la incapacidad y la petulancia!...

Los pueblos fuertes son siempre ingenuos. En las épocas de conquista las naciones son sinceras y humanitarias; sólo las torpes masas de los pueblos débiles y de los pueblos que decaen, albergan sentimientos de odio. El odio feroz de los cartagineses para con sus mercenarios, fué el síntoma más alarmante de la impotencia de Car-

(1) CHILD, *Les Républiques hispano-américaines*, trad. franc., París, p. 315.

tago. La Roma de Bruto jamás hubiera gritado como la de Tiberio: «¡Vencidos, á los leones!» Los bárbaros, pueblos valientes y ágiles, eran generosos. Atila, el más bárbaro de sus jefes, se detiene ante las puertas de Roma por una súplica del pontífice León. ¿Quién hubiera libertado á Cartago de su sentencia, su *delenda est Carthago*? El budhismo conquista al pueblo de Brahma, no por la violencia, por la mansedumbre. ¿Y Cristo? ¿Dónde está su fuerza, sino en la inmensa y dulcísima ternura, en la divina ternura de su doctrina? La ferocidad del pueblo de la Revolución francesa para con sus amos y capataces, los aristócratas Borbones, ¿no hace presumir su propia debilidad, esa debilidad que aguanta luego sobre el cuello, con una sonrisa de esclavo, la planta de los Bonapartes? Así, la pasajera crueldad del pueblo inglés con Carlos I, trae á Cromwell. Pero el pueblo inglés reacciona, se arrepiente y llora al monarca decapitado. El pueblo francés, que no se arrepiente ni reacciona, oye bien pronto tronar los cañones prusianos en su propia capital. Su fiera para con el régimen borbónico es el síntoma de su anemia, anemia que parece degenerar en agonía, después del negocio de las condecoraciones, del negocio del Panamá, y del más triste de todos los «negocios»: el odio antisemita.

Al viajar un distinguido escritor franco-argentino, Groussac, por los Estados Unidos de Norte-América, y describir, con colores demasiado agrios para que puedan parecer imparciales, el carácter nacional de los anglo-americanos, se detiene ante esta observación: el pueblo es benévolo, el pueblo mammut es un pueblo bueno, el pueblo mammut es un pueblo ingenuo; posee esa bondadosa candidez de los gigantes; no es mordaz como los pigmeos amargados por su propia insignificancia... «¡Ignoran la ironía!» exclama; y añade este antipático comentario: «Ese axioma parece una perogrullada, pues equivale afirmar que los paquidermos no sienten cosquillas»... Admirando la prosperidad y la grandeza de los yanquis, yo exclamaría más bien: ¡felices los pueblos que ignoran la ironía!...

Los argentinos, en vez de apreciar la buena fe, la ingenuidad, como los pueblos germánicos ó sajones, las solemos considerar una condición ridícula, desabrida, pueril. La descalificamos con frecuencia, hasta el punto de que se les ha llamado «zonzos» á Belgrano y á Mitre, los dos políticos y militares de mejor fe de nuestra historia, definiendo así la «Historia del general Belgrano» escrita por el general Mitre: «La historia de un zonzo contada por otro zonzo».

No sólo menospreciamos la ingenuidad, sino que llegamos hasta aplaudir la calidad opuesta, la torpe guasonería andaluza, ó, más bien, una más torpe y más punzante guasonería criollo-andaluza, que nos es propia, y que germina por doquiera en nuestro país, en los tugurios de los arrabales, en las pulperías de campaña, en los colegios, en el foro, en los salones. Es una vegetación bravia que ahoga otras eflorescencias más nobles del espíritu, como la cortesía, el respeto, la disciplina, los sentimientos humanitarios, la nobilísima sinceridad.

La sociedad argentina más «selecta» lleva hasta tal punto esa tendencia atentatoria contra la dignidad humana, que en su argot «elegante» se pueden contar innumerables términos anticastizos, ó usados en acepción anticastiza, que ha inventado para expresar ideas, bien crueles á veces, de maliciosa burla. ¡He ahí un síntoma que desalienta, y que puede llamarse, si no de degeneración, de clorosis moral!

Si esa guasonería criollo-andaluza sirviese sólo para enaltecer y ridicularizar lo que tal mereciere, no sería tan triste síntoma del carácter nacional; pero harto frecuentemente se emplea con un criterio el más absurdo, satirizando elementos progresistas y positivos y ensalzando factores negativos para el progreso y la grandeza de la patria. Y esa gruesa burla, que tanto chocaría en cualquier esfera de una sociedad sajona, suele ser fuente de elogios y de risas soeces...

En la esfera social más culta de Buenos Aires se suele notar, un espíritu general de malquerencia, semejante al que atribuye el P. Coloma, ese jesuita que de tantos medios de observación dispone, á la aristocracia madrileña; á la aristocracia que le inspira por epigrafe del libro de costumbres en que la retrata — ó caricaturiza con líneas de sangre, — como una exclamación de asco, la de Hamlet respecto á Dinamarca. Quien oye surgir ese grito trágico, como un suspiro ahogado, de las entrañas de un confesonario, bien puede temer por el porvenir del león de Castilla...

Un francés se admira del candor del carácter yanqui; hasta se burla finamente; parece desconocer su belleza moral, su significación como síntoma de virilidad. Encuentra triviales esos niños grandes que construyen casas de treinta pisos, inventan con Edison y escriben con Poe; y les encuentra pueriles, aunque no lo diga con franqueza, precisamente por su candor, por su buena fe... Un alemán les admiraría, porque los alemanes saben bien que la buena fe es condición del atleta en la lucha por la vida; porque los alemanes saben bien que la malicia es condición del pigmeo. Tan es así, que esto es quizá lo primero que enseñan en sus *Gymnasien* y *Realschulen*, pues en sus libros de lectura ponen frecuentemente al frente, para impresionar á sus educandos, con caracteres los más visibles, la siguiente cuarteta de Arndt:

*Deutsche Freiheit, deutscher Gott,
Deutsche Glaube ohne Spott,
Deutsches Herz und deutscher Stahl
Sind vier Helden allzumal.*

Esta estrofa, traducida libremente, quiere decir que la libertad de los alemanes, el dios de los alemanes, la buena fe exenta de toda burla de los alemanes y el acero de los alemanes, son las columnas que sustentan la grandeza de Alemania á través de la historia. Y llamo la atención sobre el segundo verso, la buena fe de los alemanes, que ellos mismos claman tan limpia de malicia, y que consideran una de las primeras condiciones, ¡después de Dios y de la Libertad! De

esa misma condición, aunque con menor fuerza, está impregnado el carácter nacional de los otros dos grandes pueblos sajones, de ingleses y norte-americanos. Parece esto una paradoja, conocida la política de Bismark, de Mac-Kinley, de todos los cancilleres ingleses; pero nótese bien que, aun en tretas, esas cancillerías participan de esa ruda ingenuidad del más fuerte, para el *struggle for life*, que tanto choca...

Parece que la bondad y la sinceridad en lo nacional, son, en lo internacional, condiciones del progreso y de la victoria. Los pueblos-mujeres de Michelet, son pueblos perversos. — ; Nada más triste pues que los anotados rasgos del carácter nacional argentino, si fueran profundos y estables!...

«El objeto de cada uno es aquí, en Buenos Aires, enriquecerse y gozar, dice el citado observador norte-americano, ⁽¹⁾ en apreciaciones exageradas, pero en algo verdaderas, á pesar de esa exageración palmaria. No hay gloria en ser funcionario de la República; hay tan sólo provecho. No hay honor en ser ciudadano; pero el ciudadano que no hace fortuna es mirado con desdén. Es inútil esperar de la nación argentina reformas á las que se oponen sus tradiciones de malversación y de falta de honradez... Los jóvenes son lo más impertinentes, lo más descarados, lo más viciosos, lo más mal hablados, lo más indisciplinados que sea dable imaginar. Los diarios continuamente protestan contra esos procedimientos vergonzosos, mas en balde; es preciso creer que el desaseo del lenguaje masculino es una de las instituciones de la capital, uno de los productos de la vida de confitería y acera... Una dama honrada no estaría en su lugar en medio de gente semejante; parece que, gracias á sus conversaciones disolutas y á su completo desprecio de las conveniencias, los jóvenes de Buenos Aires, cualquiera que sea su rango social, hacen peligrosos todos los lugares públicos para sus propias madres y sus mismas hermanas...

«La cuestión de la instrucción pública, agrega, parece ser objeto de la atención del gobierno; está tratada como conviene, y se puede asegurar que con el tiempo dará excelentes frutos. Por el momento, los jóvenes argentinos son, hasta donde he podido darme cuenta, tan ignorantes y poco esclarecidos como mal educados; no es que carezcan de inteligencia (poseen en realidad un espíritu precoz); pero les falta una dirección severa y lógica. Parece innegable que las escuelas y colegios tienen hartó relajado el capítulo de la disciplina, y que no se emplean buenos métodos pedagógicos. En esos establecimientos se permite á niños que cuentan diez ó doce años, fumar y darse prematuramente al vicio y á la inmoralidad. ¿Puede creerse que tales licencias sean compatibles con una buena educación intelectual? Es triste decirlo; pero no existe en ningún país del mundo civilizado seres tan corrompidos, tan mal educados, tan groseros y también tan incorregibles, como la generalidad de los jóvenes argentinos. Las niñas mismas tienen un aire atrevido y una libertad de lenguaje, que

(1) CHILD, ob. cit., p. 295.

asombran á quien esté acostumbrado á las maneras femeninas que reclama el buen tono...»

Considerando estos fenómenos bajo su fase política, dice por su parte Groussac ⁽¹⁾: «¡Oh!» ¡El espectáculo político de esa América española que acabo de realizar y ya conozco casi en su conjunto, es sombrío y desalentador. Por todas partes el desgobierno, la estéril ó sangrienta agitación, la desenfrenada anarquía con intermitencias de despotismo, la parodia del «sufragio popular», la mentira de las frases sonoras y huecas como campanas, los «sagrados derechos de las mayorías», compuestas de rebaños humanos, que visiten poncho ó zarape y tienen una tinaja de chicha ó pulpa por urna electoral, el eterno sarcasmo y el escamoteo de la efímera Constitución. Donde quiera, sobre el hacinamiento de los oprimidos, el grupo de opresores, los lobos pastores de las ovejas, el lúgubre desfile de los gobernantes de sangre y rapiña.»

Todo el conjunto de esos rasgos, que he esbozado y transcripto á la manera de impresionista con que se han grabado en mi ánimo, pueden sintetizarse en las cualidades siguientes: falta de altos ideales de moral y responsabilidad, pereza para ocuparse concienzudamente de las cosas serias de la vida, innobles sentimientos de baja emulación, criterio superficial, falta de respeto y de delicadeza, mala fe individual y social, olvido de los intereses nacionales, que quedan así superpuestos á las pequeñas pasiones egoístas, venalidad en el juicio, ausencia de amor cívico... Pero, si el cáncer *no* es incurable, ¿dónde hallar los medios sino en la inmigración, por una parte, y en la educación, por otra?...

2º *Las leyes y la educación del carácter.* — La educación del carácter es obra principalmente de la familia. De ahí que las leyes sobre la familia tengan trascendente eficacia en la educación del carácter nacional. Está escrito en las leyes argentinas que «los padres no tienen obligación de establecer á los hijos ni de dotar á las hijas» (art. 270 del Código Civil). Pero ello no basta, porque la imposición de una *legítima forzosa* á favor de los hijos no puede ser disminuída sino en una *quinta parte* (art. 3595). Es decir, los padres no pueden repartir su fortuna entre sus hijos, ni en vida ni para después de su muerte, según su libre criterio. El reparto debe hacerse por partes iguales, salvo en una quinta parte del peculio, con el cual pueden favorecer á su gusto á unos en detrimento de la hijuela de otros. Los repartos que el padre haga en vida contra lo dispuesto por la ley ocasionan, después de su muerte, graves é inmorales pleitos. El desheredamiento sólo puede provenir de motivos muy graves, y debe ser probado (artículo 3474 y siguientes). No es pues sino una disposición inaplicable en los casos normales, y que en modo alguno puede servir de estímulo á la iniciativa personal del hijo. Tan es así, que no le conozco un solo caso de aplicación, y es de suponer que, si se presenta alguna vez, sea en una proporción menor de uno en

(1) *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, 1897, p. 201.

cien mil casos. Los extranjeros que hacen fortuna en el país y quieren burlar sus leyes sobre la herencia, frecuentemente con el móvil de establecer una especie de mayorazgo en el propio, acuden á este practiquísimo subterfugio: constituyen su fortuna radicada en la Argentina en sociedad anónima, inscrita en el extranjero y reconocida en la república, y reparten, ya en vida ó para después de su muerte, sus acciones como les place.

Pienso que el clima meridional del país y la verbosidad y genialidades de la raza pudieran hacer aun, en ciertos casos, peligrosa para la equidad la función de la *magistratura testamentaria* por padres que no posean esa tranquilidad de nervios, esa frialdad típica del sano criterio de un jefe de familia anglo-sajón. Causas semejantes han hecho impracticable el juicio criminal por jurados populares en Italia y otros pueblos meridionales, sujetos á lo inmotivado de rápidos raptos pasionales de simpatía ú odio, y á sus reacciones. También por análogas razones no sería posible en estos pueblos que el matrimonio fuere considerado hecho válido por el mero consentimiento de las partes, sin otras formalidades, como en Escocia; pues en cualquiera de esos raptos inevitables se producirían á diario casos como los más famosos de Gretna-Green, que darían por tierra con la moral social. No obstante observaciones tan verdaderas, creo que el ejercicio de la magistratura testamentaria (la «libertad de testar») no produciría en la Argentina tan anómalas consecuencias sociales, por ser derecho que se acordaría sólo á personas que, por ser jefes de familia, aun en países meridionales y bajo un sol del trópico, poseen mayor dominio, por edad y experiencia, sobre sus nervios é impresiones. La solución más lógica sería disminuir esas legítimas forzosas á un mínimum que dificulte en el hijo heredero la indigencia en los casos improbables de desheredamiento injusto, y tenga sin embargo todas las ventajas de no impedir una siquiera relativa libertad de testar, ó sea un uso ponderado de la magistratura testamentaria. Ese mínimum podría ser, por ejemplo, en vez de un quinto, *un tercio*. Y es de observarse, además, que la tal legítima forzosa de los hijos no puede considerarse en la Argentina, una reacción democrática contra los mayorazgos, pues á diferencia de los virreinos de México y Perú, en el Río de la Plata puede decirse que nunca existieron; y si antes de la revolución no existieron, menos podrían existir después. Y debe anotarse asimismo que las divisiones y subdivisiones forzosas de la tierra, traen graves perjuicios económicos, políticos y sociales que deben preocupar la mente de los estadistas argentinos, como uno de los más trascendentes problemas nacionales. (1)

(1) Ocurríseme otro inconveniente más para el uso de esta libertad de testar, para el ejercicio de la magistratura testamentaria en la República Argentina. Tarde ha clasificado este país, conjuntamente con Italia y España, al tratar de la pena de muerte, de la cual exime á las mujeres, de *pueblos galantes*. Taine observa también la diversidad entre la manera latina y la anglo-sajona de considerar á la mujer, que es para los ingleses un apreciable colega y compañero y para los latinos un objeto, ya de culto é idolatría, ya de menosprecio, nunca un sujeto de amable y simple compañerismo, nunca

«Los padres no están obligados á establecer á los hijos ni á dotar á las hijas». . . Hermosa disposición legal es esa, que, á veces, en la República Argentina, contrarían los hechos . . . A pesar de los rasgos fundamentales que de la educación anglo-sajona he esbozado, los padres ingleses y norte-americanos establecen en ocasiones á los hijos y dotan á las hijas. Pero proceden siempre con su profundo criterio individualista, ó sea de independencia. Dotan al hijo y á la hija, ya con una profesión, ya con una suma siempre módica, en relación á su haber; mas para que éstos, con esa base, se emancipen mejor, con mayores elementos para luchar *solos* por la vida. Tal es el criterio anglo-sajón. Y del criterio individual de cada uno, para llegar á hacerse un *self made man* — ¡y hasta una *self made woman*! — resulta ese esfuerzo total, gigantesco, de expansión y de progreso en Inglaterra, Norte-América y Alemania; de esas naciones que pasan con

A banner with the strange device:

Excelsior!

Bien diverso es, en general, el sistema de educación privada de los pueblos hispano-americanos. Los hijos usan como muletas los brazos de los padres para adelantar, los ojos de los padres para ver, y cuando esos padres les faltan suelen resultar cojos y miopes. . . La dependencia se eslabona desde la familia hasta la política, ¡y es como una gran cadena que aherroja al país! Esos hijos, de tal modo educados, sin iniciativa individual, subsistirán luego de un empleo, si carecen de bienes; si los poseen, no los arriesgarán en ninguna empresa progresista; y si tienen ambición política, vestirán una librea. . . Ahora sería, pues, el caso de hacer á mi vez alguna perorata con pretensiones grandilocuentes, y exclamar también: «¡Oh *South-America*, he ahí el origen de tus males, el gusano que carcome tus entrañas! ¡He ahí el hilo invisible que ata á todos los títeres de ese espectáculo desalentador de que eres espléndido escenario! ¡He ahí, en todas partes, el desgobierno, la opresión, bajo las formas de constituciones efímeras; las politiquerías rutinarias; el afán suicida de la descentralización; la irrespetuosidad á la mujer, á la jerarquía, al orden; las greyes de carneros humildes ante el lobo, el lobo humilde ante el león, ante el león el rapaz que, como cualquier Guzmán-Blanco, venderá á su patria por un puñado de libras, que irá á gozar luego, sin castigo, en el tumulto aristocrático de cualquier París!»

El funesto espíritu de dependencia respecto del niño y sus estudios, se perpetúa al adulto y su profesión. Si éste es profesor, tomará con

un igual en derechos y obligaciones. — En efecto, sentado este rasgo del carácter nacional argentino, la libertad absoluta de testar, la supresión de la legítima forzosa, ¿no sería en la Argentina, en la práctica y ante todo, un medio de favorecer á las hijas en detrimento de los varones, y tal vez de los intereses económicos, sociales y políticos de la nación? Una incompleta estadística que he sacado de algunos juicios testamentarios en que hay hijas favorecidas, me hace temerlo, y más si se tienen en cuenta las exactas observaciones concordantes de Taine y Tarde, que hoy, de tanto repetidas por críticos y sociólogos, diríanse lugares comunes.

frecuencia sus datos de segunda mano, no observará por sí mismo el original, documento ó fenómeno, y planteará con ligereza sus doctrinas; si político, no sabrá prevenir las consecuencias de sus actos, ya despilfarros económicos, ya quijotescas declaraciones de candor internacional; si médico, si abogado, si ingeniero, si comerciante, evitará profundizar los problemas y procederá por las inspiraciones del momento . . . Habrá honrosas excepciones; pero, que, por honrosas que sean, siempre quedan, para la constitución del carácter nacional, como excepciones.

Analizad todos los males: los pueblos se descentralizan, olvidan que en la unión está la fuerza, porque no saben unirse, *confederarse*, sin someterse á tiranías; las tribus se resignan á sus caciques, porque nada saben de independencia individual; los caciques-lobos toleran á los leoninos ladrones, porque de independencia individual nada saben; y los Guzmán-Blanco saquean, porque no han adquirido aptitudes para ganar honradamente en el *struggle por life* los tesoros que ambicionan. . . ¡Tales son los eslabones de esa cadena que esclaviza á las *democracias*, á las extraordinarias *democracias* de *South-America*! Y toda esa *South-America* hácese, á espíritus enfáticamente pesimistas, una inmensa ergástula . . . A lo lejos, en el campo de la lucha— ¡en el circo!— rugen los leones y panteras famélicas de Germania, de Albión ó de Virginia; y los esclavos se disputan como ebrios . . . En las gradas, un inmenso gentío, millones de millones, desde el seno de la tierra, convocados por la emperatriz Historia, surgen hórridas osamentas de razas, de razas extinguidas y presentes, antropoides, dolicocefalas, braquicefalas, enanas unas y de larguísimos brazos y dedos y mandíbulas bestiales otras, tales tristes, cuáles alegres, pero todas con la mueca de ironía que se lee en la boca de la muerte . . . El Tiempo, sobrehumanamente anciano, sobrehumanamente grande, es el lictor que blande el hacha y guarda las llaves de la ergástula. ¡Y tiene los ojos fijos en la Historia, esperando el momento de dar paso al circo á los esclavos hacinados! . . .

3º *El problema de la probidad nacional*—Nadie ignora que la moralidad social, privada y pública, se orienta por las dos necesidades fundamentales de la vida: el hambre y el amor, el individuo y la especie. A pesar de que la prostitución no ha sido en la República Argentina y en los demás países hispánicos prohibida como en Britania, ni penada como en Prusia, en materia sexual, y especialmente en cuanto á la constitución orgánica del matrimonio se refiere, la República Argentina es, salvo este ó aquel escándalo, un modelo de moralidad. A la mujer hispánica podría aplicársele todavía, y con orgullo— ¡son tan bellas las viejas como castellanas!— dando á la palabra «dama» la acepción de mujer de corte, la ingenua sátira de este lapidario verso de Quevedo:

Todas matronas y ninguna dama.

Pero, en cuanto al hombre, á la avaricia, á lo que llamaría *la moral de la probidad*, ¿cuál es el estado de nuestro ambiente social? . . . El extranjero acusa al criollo de rapaz, y á veces hasta le supone

orgánicamente ratero. ¿Tendría por desgracia tan grave acusación algún fundamento de verdad?...

En el país, varias circunstancias singulares hacen del problema de la *probidad nacional* el más importante de la educación y la política. 1º La inmigración de clases ínfimas y el resultante cosmopolitismo de población heterogénea, exenta de esos antecedentes comunes, que constituyen la solidaridad y unidad de la moral social. 2º La falta de un espíritu tradicional, aún en los propios hijos del país, porque la violencia de la guerra de la independencia dió en tierra con la hidalguía de la antigua cultura del coloniaje. 3º Las *desigualdades económicas* del federalismo argentino.

Y en esta última circunstancia, acaso la capital, merece un párrafo. El historiador López trae un símil luminoso del *aspecto económico-político* de nuestro federalismo ó pseudo-federalismo. «Somos catorce hermanos, nos dice, de los cuales, uno (Buenos Aires, provincia y capital, íntimamente unidas por el espíritu de su pasado) es muy rico, y los otros son pobres ó muy pobres. Es lógico que los hermanos pobres vengan á proveerse á casa del hermano rico...» Pero, ¿cómo? Imagino dos hipótesis: el hermano rico es, ó más honesto ó menos honesto que los hermanos pobres. En el primer caso, el contagio es fatal, ¡y es fatal el contagio en el segundo caso!... Si los hombres pobres encuentran despilfarro en casa del hermano rico, la situación es crítica y peligrosa, y se aprovecharán —¡porque es humano!— de ese despilfarro. Si no lo hallan, impedidos por sus necesidades económicas, bien pueden provocarlo, y si no encuentran resistencia firme y triunfa su política, hacerlo endémico.... ¡No se trata de *hombres*: se trata de *hambres*!

Quede pues apuntado que el cosmopolitismo, la falta de viejas y arraigadas tradiciones, y, sobre todo, lo que llamo las *desigualdades económicas* del régimen federativo argentino, tienden á extender fortísimamente, en referencia á la propiedad privada y pública, una cierta falta de sentido moral.... Por esto, y como en otras naciones no siempre colaboran tan poderosos factores, pienso que en la República Argentina es más fundamental que en parte alguna el problema de la *probidad nacional*.

4º *Conclusiones*.— En la Argentina, como en todos los países de Sud-América, se verifica actualmente el doble y complejo proceso de *asimilación y hemogenización* social: los variados elementos coloniales, inmigratorio é indígena, luchan para destruirse y amalgamarse. ¿Cuál será el conjunto que resulte: una sociedad española, ó un producto nuevo, *sui generis*?... Todo me induce á creer que, una vez verificado dicho proceso los factores modernos y de innovación tenderán á disminuir y debilitar los factores tradicionales é históricos.... Pienso que, de las cenizas de nuestra vieja sociedad, hidalga y andaluza, surgirá, como del crisol el oro, otra diversa. Pero, como son tan empíricos, y no pueden menos de serlo, mis argumentos, muchas veces me pregunto si no sería el caso de aplicarme este profundo refrán inglés: *the wish is the father of the thought*....

Creo que no existe aun en la Argentina un carácter nacional defi-

nitivo; y esta mi última conclusión... Que las dolorosas anotaciones que pongo en este estudio son rasgos transitorios, es decir, reformables... Que el futuro carácter nacional no será el de un pueblo malévolo, burlón, indisciplinado, irrespetuoso... ¡Qué vendrá el día, que debe venir el día, el día luminoso de la regeneración social de los argentinos! Para que esta regeneración se produzca, el primer remedio es *cultivar el ideal*...

La idealización de la grandeza del propio destino, ya del individuo, ya de su patria, suele asumir, es verdad, en países «latinos», la forma chocante y contraproducente de la quijotería y la fanfarronada. Difícil es que entre nosotros, por ejemplo, pueda excitarse el ideal de la patria con la ingenua sinceridad de los buenos ciudadanos alemanes ó con el robusto civismo, utilitario y puritano, de los ingleses. Los meridionales hacemos fácilmente caer nuestras idealizaciones en una tartarinesca exageración, ó sea en el ridículo, ó sea en la befa... En la Argentina hay, además, dos circunstancias que provocan la burla de la indiferencia: el cosmopolitismo y la falta de esas luengas tradiciones del terruño, que en las viejas naciones europeas constituyen el alma misma del pueblo. Aun la precoz malicia de la infancia pelagra para nuestro pueblo esa noble sugestión del ideal del hombre y de la patria... En nuestro pueblo, la tarea de formarlo es pues hartamente ruda, ¡pero no por ello menos indispensable!...

Los meridionales solemos ser demasiado exagerados en nuestro énfasis de sentimentalismo patriótico para ser sinceros y constantes. Nuestra versatilidad y nuestra real tibieza se oponen á una continua vibración de ese acorde sublime. Lo levantamos tan alto en nuestras palabras, que de su propio peso decae en nuestros corazones. Disuena con la realidad de nuestros sentimientos. Si lo queremos cultivar como una «mentira convencional», resulta en los momentos que no son heroicos, vale decir, en casi toda la historia de la vida de los pueblos, una falsedad demasiado evidente, y á veces anacrónica, fuera de moda y de lugar. Sin embargo, necesitamos, tanto ó más que cualesquiera otros, sostener esa nota, discordante ó concordante. Ello es un hecho. ¡El primer deber del pedagogo argentino es sugerir á los argentinos los ideales de hombre, patria, progreso! Debemos reconocer, en suma, los dos hechos: el peligro de la ampulosidad de nuestras exageraciones meridionales, y su utilidad para nuestros progresos... ¡Ah! ¡La mentira del propio valer anima el brazo y levanta la frente tantas veces como la mismísima conciencia del verdadero mérito!...

III

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA Y NORMAL

Habiendo ya expuesto una síntesis de la historia de la enseñanza en la República Argentina (libro I, capítulo IV), me limitaré aquí á esbozar su actual organización, apuntando ciertas observaciones prácticas. Básanse éstas en las ideas desarrolladas durante todo el curso de la obra. No necesitaré, pues, fundarlas largamente.

La enseñanza primaria que se da en las escuelas del Estado nacional, se halla organizada bajo la dirección de un Consejo Nacional de Educación (primaria), que nombra el Poder Ejecutivo. Para el nombramiento del presidente de esa corporación requiérese el acuerdo del Senado. El Consejo nombra su secretario y el cuerpo de inspectores técnicos.

No creo que sea conveniente la existencia de un cuerpo colegiado para la dirección de la instrucción primaria. Bastaría un superintendente general, bien asesorado por los funcionarios técnicos de la inspección. La existencia del consejo, que cuesta su dinero al Estado, es innecesaria generalmente, y, á veces, puede ser hasta perjudicial, por quitar unidad y energía á la acción directiva.

La educación primaria de la capital de la República y de los territorios nacionales, dada por la Nación, se halla dirigida por el Consejo Nacional de Educación. Debiendo las provincias dictar su enseñanza primaria según la Constitución Nacional, ellas también tienen organizado cada una su consejo provincial de educación primaria en forma semejante al de la Nación. Pero en sus territorios concurren la acción nacional y la acción provincial, pues la Nación subvenciona á la enseñanza primaria de cada una de las provincias. Esta subvención se otorga por medio del Consejo Nacional de Educación, que viene á ejercer así una especie de superintendencia también sobre la enseñanza primaria provincial. En efecto, él tiene sus inspectores para las provincias, los cuales informan sobre el estado de la enseñanza en los establecimientos provinciales. Si ese estado fuera deficiente, podría el Consejo oponerse á entregar la subvención nacional que las provincias reciben por conducto suyo. Con más razón, naturalmente, si los fondos subvencionados no se emplean en sus verdaderos fines.

El senador Láinez, en vista de la alarmante proporción del analfabetismo nacional, propuso una ley para que la Nación creara directamente escuelas en los territorios de las provincias. Objetóse á su proyecto, tal cual fuera concebido, que la Constitución Nacional encarga á las provincias de la educación primaria. Por eso, al sancionarse la ley Láinez en 1905, se modificó el proyecto en el sentido de que se requiriese el consentimiento de las provincias para establecer las escuelas nacionales. Con ello se le quita parte de su eficacia, pues los gobiernos provinciales no reclaman como debieran la fundación de las escuelas nacionales, en el temor que disminuyan y con el tiempo desaparezcan las subvenciones.

La enseñanza pedagógica se da en escuelas normales del tipo francés. Son todas de la nación y dependen del ministerio de instrucción pública. Los estudios para adquirir el título de «maestro» duran cuatro años. Cada escuela normal tiene anexa una escuela primaria de aplicación donde se ensayan y ejercitan los normalistas.

Hay dos escuelas normales en la República, la de Buenos Aires y la del Paraná, donde los maestros recibidos pueden seguir nuevos cursos durante dos años para adquirir el título de «profesores de instrucción secundaria». Este sistema es de todo punto de vista objetable. El profesorado secundario requiere prácticas y conocimientos distintos de la docencia escolar. La preparación del maestro no constituye base suficiente para que se adquiriera, con sólo dos años más de estudios, el título de profesor de colegio. Además, este título es defectuoso, pues alcanza ciencias y letras, y, como es harto evidente, el profesorado secundario debe forzosamente especializarse por la naturaleza de las asignaturas que comprende.

Aparte de lo apuntado respecto al gobierno de la instrucción primaria, cuestión de forma y de secundaria importancia, sus dos más graves problemas, problemas hondos y fundamentales, son el *analfabetismo* y el *nacionalismo*. Según las estadísticas de los primeros años del siglo XX, resulta que apenas recibe instrucción primaria suficiente, esto es, hasta aprender á leer y escribir, una mitad de la población escolar. La otra mitad, y tal vez más, queda analfabeta. La cuestión es de solución bien difícil, por las grandes extensiones poco pobladas del país, la pobreza de ciertas regiones, y hasta el carácter apático de sus naturales, sino en el litoral, su buena parte del interior.

También resulta difícil la cuestión del nacionalismo de la instrucción primaria, porque la población de la república es, al menos en el litoral, en más de una mitad extranjera, ó de inmediato origen extranjero. Los escolares son en buena parte italianos ó hijos de italianos; hay también en abundancia de elemento español. Las otras nacionalidades europeas — alemanes, ingleses, franceses, — se notan ya en mucho menor proporción. Para argentinizar profundamente todos esos elementos inmigratorios, la instrucción primaria y normal debe ser genuinamente nacionalista. De otro modo, ellos pueden permanecer extraños al país, sin ingerirse eficazmente en su democracia, y vivir esperando siempre volver á su patria de origen. Los ideales de panitalismo y de pangermanismo, propalados en territorio nacional por hábiles y elocuentes propagandistas, pueden ser un peligro para el armónico desenvolvimiento de todo el pueblo nacional. Hay que enseñar á nuestros escolares, ante todo, que son y deben siempre ser argentinos, verdaderos argentinos, en cuerpo y alma, con el corazón y la cabeza.

IV

LA INSTRUCCIÓN SECUNDARIA Y PREPARATORIA.

A diferencia de la instrucción primaria, la secundaria oficial se da sólo por la Nación y depende directamente del ministerio de instrucción pública. Esto último puede ser un grave defecto si el ministro no es un técnico y se ocupa sólo de hacer política en los nombramientos de profesores. Porque, de hecho, no se exige un título didáctico especial al profesor como se requiere para el maestro. Sin embargo, tanto, ó más necesarios son para aquél que para éste especiales estudios y conocimientos pedagógicos...

Discútese si conviene crear un cuerpo que dirija la instrucción secundaria y preparatoria, separando su gobierno y dirección técnica del ministerio. Con ello se le daría mayor estabilidad y se la salvaría de las indiscretas intromisiones de la política. El Consejo de Instrucción secundaria, ya proyectado, se ocuparía de los planes de estudios, de la disciplina, de la organización y del gobierno de sus establecimientos.

Contra este proyecto de reforma debo aducir el argumento que me induce á sostener la conveniencia de suprimir el Consejo de Educación primaria para substituirlo por una Superintendencia general, representada por una cabeza directora, el Superintendente, y sus secretarios, asesores é inspectores. Los cuerpos colegiados para dirigir la educación oficial cuestan caro al erario y quitan eficacia á la dirección superior. Sus puestos suelen ser también meras canongías para políticos que aspiran á sus sueldos y nada entienden ni se preocupan de la educación. La tendencia moderna es la centralización gubernativa, una vez demostrado por la experiencia y la psicología de las multitudes, que los cuerpos colegiados tienen generalmente un nivel intelectual y una capacidad volitiva inferiores á los de sus miembros individuales, por lo menos á los de sus miembros más distinguidos é influyentes.

Respecto á los planes de estudios secundarios y preparatorios, no me queda más que aplicar al sistema argentino las categóricas conclusiones á que arribo en el respectivo capítulo. En la República Argentina, la instrucción secundaria general se halla todavía confundida con la preparatoria. Este es el mayor defecto de esa enseñanza, organizada según el sistema de la escuela única. Si ella sirve como instrucción general del ciudadano, es deficientísima como preparación para ingresar á las universidades.

La instrucción secundaria-preparatoria se da en institutos de enseñanza marcadamente moderna y práctica, llamados *colegios nacionales*. A pesar de que como instrucción secundaria general están bien planteados esos colegios, su enseñanza preparatoria es deficientísima; así consta en repetidos documentos oficiales... El mal se subsanaría, pienso, adoptándose, un sistema de escuelas plurales: el colegio nacional, tal cual existe, y la escuela preparatoria ó «liceo».

En el liceo se daría una instrucción verdaderamente preparatoria. Habiendo tres universidades nacionales en la República, no se necesitarían muchos liceos. Creo que bastarían cinco ó seis: uno en Buenos Aires, otro en Córdoba, otro en La Plata (las tres ciudades universitarias) y los dos ó tres restantes en Tucumán, el Rosario, Bahía Blanca, ó donde se resolviese, después de maduro examen. Estos liceos hasta podrían constituirse sobre la base de antiguos colegios nacionales, si fuere difícil la creación de nuevos institutos.

En cuanto á los colegios nacionales, quedarían como están, salvo mayores libertades técnicas en sus directores y docentes y la introducción de ciertas modificaciones según las necesidades regionales del asiento de cada uno de ellos. En los del interior se propendería á hacer conocer las industrias propias del clima y la configuración geográfica, como la azucarera y la minera; en el litoral preferiríanse conocimientos de ganadería y agricultura... Pero entendiéndose siempre que los colegios nacionales son de instrucción secundaria general y no técnica.

V

LA INSTRUCCIÓN UNIVERSITARIA Y TÉCNICA

La República Argentina cuenta con tres universidades nacionales: la de Buenos Aires, la de Córdoba y la de La Plata. Las dos primeras pertenecen al tipo francés; la tercera tiene una organización propia, intermediaria entre el tipo francés y el tipo norte-americano.

Las universidades de Buenos Aires y de Córdoba, habiendo nacido y habiéndose desarrollado en distintas épocas y circunstancias, tuvieron distinto carácter y formas durante los dos primeros tercios del siglo XIX. Pero, en 1885, la ley Avellaneda, al someterlas á las mismas normas generales, les imprimió una organización semejante. Puede así estudiarse su organización como de un solo tipo.

Compónese cada una de ellas de un rector elegido por la asamblea universitaria, el cual dura cuatro años, pudiendo ser reelecto; de un consejo superior y de las facultades. La asamblea universitaria se forma por los miembros de todas las facultades. En la universidad de Buenos Aires las facultades son cuatro: de Derecho y Ciencias Sociales, de Medicina, de Ciencias Matemáticas y Físico-Naturales y de Filosofía y Letras. La universidad de Córdoba tiene sólo las tres primeras de esas facultades.

Hay en el gobierno de las universidades una señalada dualidad: los consejos ó academias de cada facultad, presididos por el respectivo decano, y el consejo general ó superior de la universidad. El consejo superior se compone del rector, de los decanos y de dos delegados que nombra cada facultad. En la composición de los consejos ó academias de las facultades hay por lo menos una tercera parte de profesores.

Los profesores se dividen en dos categorías: titulares y suplentes. Los titulares se nombran de la manera siguiente: la respectiva facultad votará una terna de candidatos que se pasa al consejo superior, y que éste, si la aprueba, pasa al Poder Ejecutivo, quien designa el profesor que ocupará la cátedra. La costumbre hace nombrar siempre ó casi siempre al que va primero en la terna. Cada facultad nombra por sí sola los profesores suplentes. La destitución de los profesores titulares se hace por el Poder Ejecutivo, á propuesta de las respectivas facultades.

La universidad, por intermedio del consejo superior, dicta sus estatutos, y cada facultad, con la aprobación del consejo, los suyos. Las facultades dictan sus planes de estudios y programas. Con esta organización se consigue una relativa independencia de la universidad respecto del gobierno y de las facultades respecto de la universidad.

Las bases de la universidad de La Plata han sido planteadas en el « convenio definitivo » de la provincia de Buenos Aires y el gobierno de la nación de Agosto 12 de 1905. El verdadero fundador de la institución, el doctor Joaquín V. González, entonces ministro de instrucción pública y luego primer presidente de la universidad, trató previsora y felizmente de cimentar su creación sobre sólidas é incommovibles bases. La ley-contrato no puede derogarse sino por otra ley-contrato de la provincia y la nación.

Aprovechando ciertos institutos provinciales ya existentes, la universidad se compone de los seis siguientes departamentos: Facultad de Ciencias y Museo, Observatorio Astronómico, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, con su Sección Pedagógica, Colegio Nacional Secundario y Preparatorio, Biblioteca y Extensión Universitaria.

El fundador y primer presidente de la universidad doctor González ha publicado un interesante volumen donde se consignan y describen el espíritu de la institución y su organización y gobierno ⁽¹⁾. El sistema gubernativo de la universidad, en lo didáctico, administrativo y disciplinario, se halla representado por esta serie gerárquica descendente: presidente de la universidad; decano, director ó rector de cada facultad ó instituto; academias ó consejos facultativos; asamblea general de profesores; empleados de simple administración, contabilidad y vigilancia.

Espíritus mezquinos y mal intencionados han atacado la creación de la Universidad Nacional de La Plata, considerando especialmente la proximidad de esta ciudad con la capital federal, que tiene también su universidad. Sin embargo, no ha sido el capricho de sus fundadores lo que determina la elección del asiento de la nueva universidad argentina. Allí se formó la universidad, porque allí estaban los elementos con que ella podía componerse: el Museo, el Observatorio Astronómico, la Facultad de Derecho, y no lejos, la Escuela de Agronomía y Veterinaria de Santa Catalina. Estos institutos pertenecían á la provincia de Buenos Aires, quien los ce-

(1) *La Universidad de La Plata (Memoria sobre su fundación)*, Buenos Aires, 1905.

dió á la nación, imponiéndole la obligación de fundar con ella una universidad nacional. Una nación que, como la República, tenía ya cerca de seis millones de habitantes y un elevadísimo presupuesto, debía contar siquiera con tres grandes universidades.

Cada una de esas tres grandes universidades argentinas tiene su espíritu y representa una parte ó tendencia de la cultura nacional. La de Córdoba, producto del coloniaje, encarna la docta tradición de la corriente colonizadora del Norte. Ha de ser, pues, forzosamente conservadora y espiritualista. La de Buenos Aires, producto de la independencia nacional, posee el espíritu liberal y democrático de la generación que la fundara y de la populosa capital en que se asienta. Es en cierto modo interprovincial y hasta diría cosmopolita. La de La Plata sintetiza la cultura científica é industrial del litoral argentino, y es la más genuina expresión de su genio innovador y progresista. Si la universidad cordobesa es el alma de la cultura del interior y la bonaerense de la cultura de la capital, la platense significa pues una nueva fracción ó forma de la psiquis argentina: la que corresponde á las regiones ganaderas y agricultoras que bañan el Plata, el Paraná, el Uruguay y circunda al Sud el Océano Atlántico. Esta región, sobre todo en el Sud, tiene su singular carácter económico y social, carácter que no puede representar en manera alguna la clásica universidad del interior, y que sólo malamente, por su interprovincialismo y cosmopolitismo, representaría la de Buenos Aires. Así, la universidad de La Plata, responde al alma y á los altos intereses de una buena parte de la república. Su asiento ha sido impuesto por las circunstancias; si la proximidad de Buenos Aires es un inconveniente, el inconveniente era insubsanable y ha sido originado por el hecho anterior de que allí se fundara la capital de la primera provincia argentina, y que ahí se establecieran los institutos provinciales que sirvieran para componer luego la institución nacional. Además, no es de olvidarse que el ambiente moral y el paraje geográfico son propicios al desenvolvimiento de la vida intelectual, tanto que, por su situación y condiciones la ciudad de La Plata parece destinada á ser un centro esencialmente universitario.

La instrucción técnica de ingeniería, arquitectura, comercio, industrias, artes y oficios, se halla involucrada en cierta parte á la instrucción universitaria. Las facultades de Ciencias Matemáticas y Físico-Naturales á las universidades de Buenos Aires y Córdoba y la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la universidad de La Plata, son en cierto modo, altas escuelas técnicas. Existe además una Facultad de Agronomía y Veterinaria en Buenos Aires, pero independiente de la universidad, sólo dependiente del gobierno nacional.

La nación posee además varias escuelas técnicas como la Escuela de Comercio de Buenos Aires y la Escuela de Minas de San Juan, etc. Nótese, sin embargo, que estos institutos no son ya suficientes. Debería aumentarse su número y sus fines, de acuerdo con las crecientes y variadas necesidades de la industria y el comercio de la República.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.